

## *Animales simbólicos en el culto calcolítico de Canaán*

M<sup>a</sup> Teresa Rubiato Díaz  
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN: La cultura más característica del calcolítico cananeo, la llamada gassuliense, presenta una serie de objetos cúltricos y rasgos iconográficos que la autora relaciona con el íbice y el buitre. La peculiar relación biológica entre ambos animales explicaría su frecuente presencia entre los gassulienses. En el enigma queda el sentimiento religioso que el íbice y el buitre inspiraron a los pobladores de estos yacimientos arqueológicos.

SUMMARY: The most characteristic culture of the cananean chalcolithic, called gassuliense, presents a series of objects—cultic and iconography—that the author relates to ibex and vulture. The strange biological relation between both animals explains its frequent presence between the gassulenses. In the enigma there is a religious sentiment that was inspired by the ibex and the vulture, that inspires the dwellers of these archeological sights.

Las culturas del período calcolítico, heraldo del final de la prehistoria de Canaán, constituyen el puente entre las sociedades agrícolas neolíticas y el urbanismo de la Edad del Bronce Antiguo. Sin embargo, la peculiaridad de estas culturas hace que la afirmación precedente deba de ser matizada. En cierto modo, ese carácter de puente entre la prehistoria y la protohistoria sólo es justamente aplicable en cuanto al intervalo cronológico, y mucho más inexacto, y sólo convencional, en lo que se refiere a la conexión con el período anterior, el Neolítico Cerámico, y con el período siguiente, el ya urbano Bronce Antiguo cananeo, en ambos casos tan inaprehensible que constituye perenne objeto de discusión entre los especialistas.

El calcolítico cananeo, como en general el de todo el Próximo Oriente, es un período recientemente conocido. Los descubrimientos arqueológicos que en nuestros días aún siguen deparando sorpresas con respecto al cuadro general del calcolítico, han estado y continúan estando unidos a un factor de casualidad que, si bien es gran aliada de la arqueología en tantas ocasiones, adquiere un viso casi mágico por lo que respecta a este período cultural.

La cultura patrón del calcolítico cananeo, hasta entonces considerado prácticamente inexistente o vagamente tributario del halafiense de la zona iraquí, la deslumbrante cultura gassuliense, fue descubierta por azar. A la búsqueda de las *cinco ciudades de la llanura*, la pentápolis de Génesis que incluía a Sodoma y a Gomorra, un equipo del Instituto Pontificio Bíblico de Jerusalén dirigido por el P. A. Mallon terminó investigando a partir de 1929 y hasta 1938 una agrupación de pequeños montículos: Teleilat Gassul, a siete kilómetros al nordeste del punto en que el Jordán entra en el Mar

Muerto<sup>1</sup>. Los descubrimientos de Gassul revolucionaron el panorama arqueológico del Próximo Oriente, con su peculiar utillaje, su cerámica, forma de vida, trazado del poblado y sobre todo un mundo plástico desconocido hasta aquel momento y sin parangón hasta la actualidad, en forma de frescos que adornaban las paredes de las casas con todo tipo de representaciones policromas, muchas de ellas aún sin interpretación satisfactoria. El yacimiento se constituyó en clave para el conocimiento de la cultura calcolítica de toda la zona, que fue llamada gassuliense en general, con variantes regionales (cultura de Beersheba, cultura del Golán) según se iban conociendo e investigando otros yacimientos.

Actualmente, nuestro conocimiento del calcolítico es muy amplio... y muy insatisfactorio. Desde el punto de vista cronológico, las discusiones son únicamente de precisión, pero el consenso es general en cuanto a situar el período entre la mitad del quinto milenio para sus primeras fases y la mitad del cuarto o unos siglos más para su final. Dataciones con Carbono 14, conexiones con la mejor establecida cronología egipcia, estratigrafía segura y otra serie de datos concluyen en esta datación, situada, en efecto, entre las últimas fases neolítico-cerámicas y las primeras urbanas del bronce.

El propio nombre del período parece indicar ese carácter transicional, que en muchos aspectos es equívoco. El calcolítico es en Canaán una edad mayoritariamente lítica desde el punto de vista del utillaje, pero en ella tiene lugar el sensacional descubrimiento de la posibilidad de cambiar las cualidades de los metales mediante su fundido, aleación y manipulación. No son conocidas las primeras etapas de tal descubrimiento, y paradójicamente los objetos calcolíticos de cobre que han llegado a nuestras manos evidencian ya un alto conocimiento de técnicas sofisticadas, como el procedimiento *a la cera perdida* y otros. En todo caso, el desarrollo de la agricultura, el avance siniestro del armamento, el comercio y otros logros de la cultura humana no podrían ser adecuadamente calibrados sin el conocimiento del estadio en que se descubre la potencialidad de los metales. En suma, del estadio calcolítico.

Por otro lado, el cobre no se encuentra en todas partes, ni los metales y metaloides necesarios para sus aleaciones. Los metales deben ser buscados, extraídos y transportados, lo que requiere una infraestructura de recursos humanos, redes de transporte y comercio que superan el nivel de las economías de subsistencia de períodos anteriores.

Sin embargo, el carácter de sorprendente y deslumbrante que con frecuencia y justeza se aplica al gassuliense, el calcolítico cananeo, se refiere más que a su genial descubrimiento de la metalurgia —un tanto anecdótico aún con respecto a la forma de vida de sus productores— a sus extraordinarios modelos de asentamiento, economía, estructura social, cultura material y vida espiritual. Y un arte plástico sin paralelos geográficos ni cronológicos, que desaparece con sus artífices.

La inmensa mayoría de los yacimientos calcolíticos, muy abundantes y bien estudiados, que actualmente se conocen, están situados en zonas anteriormente deshabitadas y que después de la desaparición de los gassulienses fueron prácticamente inhabitables, por lo que no tienen, en general, ningún otro estrato de ocupación sobre el último calcolítico. Ello ha permitido un buen conocimiento del trazado de sus casas,

---

<sup>1</sup> Teleilat Gassul ha sido excavado por tres expediciones distintas a lo largo de catorce campañas. Además de la ya citada, de 1929 a 1938, R. S. J. North renovó las excavaciones en 1960 y J. B. Hennessy continuó en 1967 y en 1975-78.

de sus poblados, de su cultura material. Sólo faltan, y tal vez faltarán para siempre, las claves de muchas de sus genialidades y forma de vida. Y, sobre todo, las claves de su riquísima actividad cúltilco-religiosa.

El modo de subsistencia de los gassulienses parece haber corregido las carencias de los neolíticos, sobre todo los precerámicos, y tienen una rica y variada dieta basada en los productos agrícolas y ganaderos, complementados con la caza y la pesca. Su relativamente alta calidad de vida pudo estar en el origen de una mayor disponibilidad de las facultades artísticas y espirituales para desarrollar su mundo plástico, que nosotros percibimos claramente como arte, pero que sin duda estaba al servicio de cultos menos elementales que los prehistóricos, aunque incorporara igualmente a éstos.

Parece así evidente un culto a los muertos o de los muertos, con elaborados modos de enterramiento de los que la más peculiar muestra son los osarios de arcilla, de variadas formas. Es sin duda la más interesante y abundante de esas formas la que reproduce casas, con frontones en los que el credo plástico gassuliense tiene su expresión, y a los que nos referiremos de nuevo.

Considerando en orden de elementalidad decreciente el culto a o, de la fertilidad —que había llegado a su más grosera versión en las figurillas o venus esteatopígicas del neolítico cerámico—, éste se manifiesta de muy variadas formas en el mundo plástico de los gassulienses. La fertilidad del ser humano, que no es la única venerada, en cierto modo se despoja de sus aspectos más burdos para sublimarse con la propia representación de la figura humana, en formas esbeltas y realistas, a veces delicadamente tratadas. Tal es el caso de las estatuillas de marfil, en cuyo tallado fueron muy habilidosos los gassulienses, que presentamos en la *figura 1*.

La figura masculina (*fig. 1, B*) muestra en la cara unos agujeros donde se insertarían algún tipo de cerdas para dar la impresión de la barba. Pero ofrece además una curiosa hoquedad en la parte alta de la cabeza, que se encontrará también en los abundantes pedestales cúltilcos de basalto con forma de cabeza entre humana y de ave, a modo de pequeño plato para alguna ofrenda simbólica<sup>2</sup>. La figurilla de mujer, sin pies, (*fig. 1, A*), es una obra inacabada, que debió romperse en el propio taller del escultor calcolítico y que por ello dejó sin terminar<sup>3</sup>. Sus proporciones son, sin embargo, de extraordinario equilibrio y muestra la técnica del tallado en su fase anterior al pulimento, que queda muy claro en cambio en la figura de mujer joven preñada de la *figura 1, C*<sup>4</sup>, conocida como *La Venus de Beersheba*.

Otras formas de fertilidad fueron sin duda objeto de culto. Así, la que se refiere a la fertilidad de los rebaños y la consiguiente producción láctea parece latir en los dos recipientes con forma de mujer y de carnero, respectivamente, que se ven en la *figura 2*. Ambos proceden de Gilat, uno de los yacimientos calcolíticos más importantes del

<sup>2</sup> Mide 33 cms. y procede de la excavaciones de la Misión Arqueológica Francesa en Israel en el yacimiento de Beer Safad, área de Beersheba. IDAM 58-579.

<sup>3</sup> Alto 29 cms. Procede de la zona de Beersheba. IMJ 79. 46. 162.

<sup>4</sup> Alto 12 cms. Procede de Beer Safad. Publicada por primera vez por J. Parrot, "La Vénus de Beersheba" *Eretz - Israel* 9 (1969), pp. 100-101, pl. XIII. IDAM 58-586.

Negev septentrional<sup>5</sup>, que sigue proporcionando algunos hallazgos, según los habitantes del actual *moshav* van roturando con sus arados los campos vírgenes. Entre el numeroso y variado repertorio de objetos cerámicos, líticos y tallados, cabezas de maza de cobre y de piedra, y otros muchos de tipo ornamental como paletas de cosméticos, destaca en Gilat el hallazgo de un edificio considerado sin fisuras como un santuario en el que se encontraron, junto a otros objetos claramente cúlticos, las dos figuras de referencia. Son, como queda dicho, sendos recipientes, con la boca en el caso de la figura de mujer coincidente con la abertura del cacharro que lleva en la cabeza (*fig. 2, A*); en el caso del carnero con las aberturas de los típicos cornetes gassulienses que porta sobre la espalda (*fig. 2, B*). Ambas figuras, de arcilla cocida, tienen similar decorado a base de líneas pardo-rojizas, en el horizonte plástico del halafiense, recurso decorativo frecuente por otra parte en el calcolítico cananeo. Anecdóticamente, la figura de la mujer ha servido a los propósitos de algunas elucubraciones de lo que se ha dado en llamar *la arqueología amarilla*, al resultar tener seis dedos en los pies a partir de las cinco rayas interdigitales que trazó su artífice, un alfarero en este caso.

Lo que no pasa del terreno de la anécdota, en lo que se refiere a los accidentales seis dedos de los pies de la figura femenina, se convierte en cambio en inadmisibles cuando las elucubraciones en torno al significado de la figura las realizan arqueólogos que deberían conocer mejor el tipo que pretenden analizar. Son tantos los aspectos inexplicables que pese al buen conocimiento del mundo calcolítico siguen desafiando las posibilidades de interpretación, que es imprescindible un exhaustivo análisis tendente al menos a la identificación de lo representado, ya que no siempre será posible una explicación de su significado. Y de ninguna manera tal explicación podrá vislumbrarse, siquiera como hipótesis de trabajo, sin la exacta identificación mencionada. El recipiente que la mujer lleva en la cabeza, el cornete que porta bajo el brazo e incluso el pequeño pedestal en que se sienta son especímenes muy comunes en el repertorio cerámico calcolítico, que cualquier alumno de los primeros cursos de arqueología palestinense puede identificar fácilmente, ya que, como el resto de las manifestaciones de la cultura material en este período, son exclusivos del mismo. El posible significado de la figura queda viciado de raíz si el recipiente se identifica, de manera radicalmente equivocada, con un odre, esto es, un recipiente para acarrear o almacenar agua, convirtiendo al recipiente-escultura en una *diosa del agua* como hemos podido leer atónitos<sup>6</sup>. Lo que la mujer tiene en la cabeza es un recipiente llamado por los anglosajones *bird vase* o vaso de pájaro, porque en alguna de sus manifestaciones recuerda con cierta dosis de imaginación una gallina, y su función es exactamente la de un *churn*, una mantequera, del mismo tipo que las aún utilizadas por tribus beduinas del Sinaí para, mediante movimiento de vaivén o batido, separar el cuajo de la leche para la confección de tipos de requesón o *labneh*. La figura de Gilat y el carnero que la acompañaba pueden quedar sin una interpretación definitiva, puede quedar la puerta abierta a plausibles teorías sobre su función en el ritual (libación, ofrenda, etc.), pero no tienen nada que ver con el agua, y sí con la leche, mayormente de oveja.

La multiforme atmósfera cúltica y plástica de los gassulienses queda

---

<sup>5</sup> Gilat está situado al oeste de Beersheba, sobre la margen oriental del Nahal Pattish

<sup>6</sup> P. de Miroschedji, "Cult and Religion in the Chalcolithic and Early Bronze Age", en *Biblical Archaeology Today*, Jerusalem, 1993, p. 213.

atestiguada en el mismo yacimiento de Gilat, sin necesidad de buscar en otros en que la circunstancia se repite por cierto. Junto a las naturalistas figuras que acabamos de ver (*fig. 2, A, B*), en el mismo santuario y en contextos domésticos, aparecen con profusión las figuras intencionadamente abstractas llamadas *de violin* (*fig. 2, C*), cuidadosamente talladas y pulidas a partir del granito y calizas cristalinas, cuyo significado engrosará el capítulo de inexplicados que la rica cultura gassuliense dejó tras de sí, acrecentado en este caso por el hecho de que figuras idénticas se producirán en las islas Cícladas, Creta y oeste de Anatolia... mil doscientos años después de la desaparición de la cultura gassuliense.

La variedad de objetos e instalaciones cúlticas calcolíticas en Canaán apunta a la existencia de una compleja vida espiritual. Los objetos sacros, y no sólo las figurillas de violín que se acaban de mencionar, aparecen en las casas, unidos a la vida diaria a través de los pedestales cúlticos domésticos, y sus dioses —definitivamente desconocidos— fueron muy probablemente adorados en distantes y aislados santuarios, como el de Ein Gedi (no asociado a habitación alguna) o templos situados en sus propios asentamientos, como el de Gilat. Tal vez la coexistencia de estas varias clases de culto, público y doméstico, pudiera indicar la creencia en una divina jerarquía, en la cual los dioses personales o familiares pudieran ser distinguidos de las cósmicas deidades centrales de toda la comunidad. La complejidad está servida. El entendimiento de los variados sesgos cúlticos dista mucho, en cambio, de ser abordado con algo más que teorizaciones. Que, para no ser disparatadas como en el caso de la figura femenina de Gilat, requiere, como queda dicho, un riguroso análisis de las realidades que podemos percibir.

De los muchos aspectos religioso-mágicos del gassuliense que es imposible catalogar aquí, hay uno que viene escapando a la interpretación de los arqueólogos, fantasiosos o no. De hecho, no ha sido hasta este momento abordado, por lo que todo lo que a continuación se exponga no será sino un intento de identificación de lo representado en los objetos que apoyarán la sugerencia, más que teoría, que en cuanto al simbolismo de algunos animales en el culto calcolítico me propongo aportar en estas páginas.

Es un tópico dirigido a la mnemotecnia de los estudiantes de arqueología palestinese, que en el calcolítico hay que recordar las grandes narices. Grandes narices por todas partes. En las figuras de marfil, en los osarios, en los pedestales de basalto... Pero nadie ha contestado aún por qué. ¿Es que los hombres y mujeres calcolíticos se distinguían por los apéndices nasales excepcionalmente grandes? No se desprende tal cosa del estudio de los por otra parte abundantes restos humanos del período. Los gassulienses eran proporcionados y muy equilibrados en lo que a narices se refiere. Por otra parte, en el caso de las figuras humanas está claro que se trata de narices de lo mismo: humanas. Pero una simple observación ni siquiera demasiado detenida haría identificar las pretendidas narices de los osarios, pedestales, mazas, etc., con otro tipo de apéndice: un gran pico esquematizado. En ocasiones ni siquiera esquematizadamente lo que aparece es... la cara y pico de un buitre<sup>7</sup>. No de cualquier otra rapaz, lo que se infiere de la simple comparación entre los picos representados con los tipos de pico de

---

<sup>7</sup> Como ocurre de forma indiscutible en los pedestales de basalto procedentes de Irbid, al Norte de Jordania (Véanse en L. King, *The Israel Museum*, Jerusalem 1995, p. 56) y del Golán y cuevas cúlticas de la Galilea.

las distintas aves de la zona. Otra cosa será el significado de la frecuente presencia de la nariz, el pico y aun la cara del buitre en esos objetos tan claramente ligados al culto.

Otra de las constantes ornamentales, y más que probablemente simbólicas, es la de los cuernos, y casi solamente los cuernos, identificados sin duda y sin discusión como de íbice. En este aspecto, y a pesar de la rotundidad de su identificación zoológica, el desconocimiento de las características de lo representado ha podido llevar a algún indocumentado a interpretaciones peregrinas como que esos cuernos son exponente de la importancia que para los gassulienses tenían los rebaños. Naturalmente que la tenían, pero no está indicada esa importancia del elemento ganadero (por cierto, mayoritariamente ovino) en la presencia ornamental de los cuernos de íbice, que no es ni mucho menos una cabra doméstica. Este tipo de desconocimiento llevaría a confundir el toro de Osborne con el anuncio de algún producto lácteo a cargo de una vaca risueña, por el simple hecho de que ambos tengan cuernos.

La *capra ibex nubiana* es la subespecie no doméstica —e indomesticable— de la *capra aegrus* o cabra salvaje primitiva. Otras formas con variantes de *capra ibex* se conocen en la zona holártica, incluida la *capra hispanica*. Son comunes a todas ellas la imposibilidad de domesticación, la adaptación al más difícil de los terrenos, el especial diseño de la pezuña que les permite moverse con agilidad pasmosa por las más escarpadas superficies y otra serie de características. No son animales especialmente bellos, como la gacela; sus ojos pequeños y amarillentos tienen poca atractiva expresión, y su cuarto delantero es desproporcionadamente robusto sobre todo en los machos (fig. 3, D). El único rasgo de diseño armónico es precisamente su gran cornamenta, que en los íbices de mayor edad puede llegar a servirles para rascarse el lomo (fig. 3, E). En cuanto a la variedad común en la zona que nos ocupa, la *capra ibex nubiana* es tal vez la que reviste más características de prodigio de adaptación a medios geográficos y climáticos hostiles. Los íbices que pueden verse hoy en las inmediaciones de Ein Gedi y en los escarpados montes que rodean el Mar Muerto son los mismos que pudieron observar, tal vez perplejos, los gassulienses que reprodujeron sus cuernos, y en ocasiones sus cabezas y cuerpos, como motivo sacro-ornamental.

El íbice de Palestina puede pasar sin beber lapsos de tiempo aún no bien calibrados, bien al contrario que la cabra domesticada. Puede regular su propia población no reproduciéndose durante los ciclos especialmente duros. Y puede dejarse ver sin temor porque un ágil y potente salto le pone lejos de sus posibles depredadores. Que en el caso de ser depredadores humanos serían además bastante estúpidos, porque el íbice es sencillamente incomedible. Pero no corría tal peligro el íbice en el periodo calcolítico, ya que ni los gassulienses eran estúpidos ni con sus armas eran capaces de alcanzarle. Únicamente podían admirarle... ¿pero por qué y hasta el punto de sacralizarlo?

La combinación de ambos animales, íbice y buitre, en la plástica gassuliense no era infrecuente; pero alcanzó niveles de excepcional en el también excepcional descubrimiento del famoso tesoro de Nahal Mishmar en el desierto de Judá. La casualidad vino una vez más en ayuda del conocimiento de la cultura calcolítica, en esta ocasión deparando un hallazgo que marcó época. Una gran empresa arqueológica de motivación bien distinta (la búsqueda de las huellas del rebelde Bar Kojba) llevó en los años sesenta al arqueólogo O. Bar-Adon, el más joven y mejor montañero entre los importantes arqueólogos que formaron en aquella expedición memorable, hasta la más difícil de las cuevas a explorar. Escondido en un nicho de casi imposible acceso,

apareció envuelto aún en su tejido protector de juncos y esparto el mayor conjunto de artefactos calcolíticos jamás hallado: cuatrocientos veintinueve objetos de cobre, seis de hematita, uno de piedra, seis de marfil de hipopótamo y uno de marfil de elefante. Pronto se asoció este conjunto, de características evidentemente cúlticas, con el templo cercano de Ein Gedi, que apareció casi totalmente vacío, a excepción de elementos cerámicos de menor valor entre los que se contaba, por cierto, un carnero votivo similar al ya visto del santuario de Gilat. Tal vez los calcolíticos de Ein Gedi escondieron en la cueva, ante una amenaza que nos es desconocida, el ajuar del templo con intención de preservarlo y volver por él cuando las circunstancias lo permitieran. Muchos siglos después sólo los arqueólogos sorprendidos y admirados volvían a ver aquel tesoro.

De entre las múltiples maravillas artísticas que el mencionado tesoro encierra, algunos de los llamados estandartes o falsos candelabros, y de las llamadas *coronas*, como el resto de los objetos de función y destino impreciso pero indudablemente no utilitario sino cúltico, pudieran dar algunas claves para atisbar siquiera las razones por las que el íbice y el buitre tenían una tan profunda carga simbólica para los gassulienses.

El íbice está muy presente en los objetos del tesoro de Nahal Mishmar, tanto esquemática como expresamente. En una ocasión, hasta ahora única, aparece junto con otro animal sobre cuyas características merece la pena detenerse, y que representa por sí mismo un misterio zoológico e interpretativo. Uno de esos errores de análisis a que antes me he referido me impulsaron a informarme un poco más sobre la naturaleza del animal en cuestión. En la *figura 4, A-B* puede verse el llamado estandarte o falso candelabro de cobre en que aparecen cuatro íbices y otro cáprido o antílope de cuernos en espiral<sup>8</sup>. Nada hay que añadir a la sensación de belleza y equilibrio de diseño que el objeto produce. La extrañeza procedía en mi caso de una observación efectuada por un por otra parte competente arqueólogo y en una obra de gran difusión y, lo que es peor, utilizada como manual en varias instituciones académicas: «Uno de los estandartes representa cuatro cabezas de íbice junto con una cabeza de carnero con los cuernos retorcidos, una interesante combinación de animales salvajes y domesticados<sup>9</sup>». Desde luego que sería interesante, más aún, chocante, una tal incoherencia por parte de los gassulienses. Lo que ocurre es que los carneros, ni de esa época ni de otra, no se parecen en absoluto a semejante animal, y cuando los gassulienses querían representar un carnero, lo hacían muy apropiadamente. Tampoco los machos cabríos domésticos ofrecen tal cornamenta. La cabeza es excepcional, y el animal también. No siendo obligatorio para ningún investigador, y menos para un arqueólogo, ser especialista en la totalidad de los aspectos que pueden salirle al paso, el profesor Bar-Adon llevaba un excelente zoólogo en la expedición, el Dr. G. Haas, que inmediatamente identificó al animal que acompañaba a los íbices del estandarte como un *addax nasomaculatus* (*fig. 3, C*), un bello y rarísimo antílope más adaptado aún al desierto que el propio camello, y que siempre fue muy escaso<sup>10</sup>. Desde luego, absolutamente salvaje y más indómito si

---

<sup>8</sup> alto 27, 5 cms., IDAM 61-88

<sup>9</sup> A. Mazar, *Archaeology of the Land of the Bible, (10, 000-586 B. C. E.)*, New York-London-Toronto-Sydney-Auckland, 1990, p. 81.

<sup>10</sup> Tal vez a él se refiera también el *dishon* bíblico. Vid. G. Cansdale, *Animals of Bible Lands*, Oxford, 1970, p. 81.

cabe que el propio íbice.

Que reaparece insólitamente duplicado en una cabeza de maza con instrumentos absolutamente romos pese a su aspecto agresivo y que recuerda los *objetos imposibles* (fig. 4, C)<sup>11</sup>. La cornamenta del íbice, y su cabeza más o menos esquematizada, adorna muchos otros objetos. El buitre, esquematizado, o su pico, aparecen igualmente aquí y allá. Y en un objeto hasta ahora único, el buitre y el íbice aparecen juntos. En la *corona* que reproducimos en la figura 5, A, dos frontones similares a los de los osarios en forma de casas ostentan sendas cornamentas de íbice, y dos aves que, descartados los inexistentes pavos, sólo pueden ser buitres. El gassuliense conocía bien sus cabezas, ritmo de líneas de su cuello y pose de parada. Un buitre mucho más indudable es el representado en el estandarte de la figura 5, B<sup>12</sup>, al que no hay que echar mucha imaginación para suponer qué se hacía con él: introducirle un palo por el agujero al efecto y simular su vuelo. Otra cosa es con qué propósito o significado religioso.

La presencia, no anecdótica sino abundante, de dos animales tan distintos como el íbice y el buitre (separados y juntos) en la simbología cáltica calcolítica no puede por menos de suscitar interés y curiosidad. Cualquiera de los motivos de utilidad, fecundidad, necesidad, etc. de ambos animales en la vida del hombre calcolítico pueden ser descartados sin dudar. Los motivos han de estar en las propias características de los animales, y en un plano totalmente distinto del de la vida material. Ya hemos apuntado algunas de las admirables características del íbice. En cuanto al buitre, probablemente del género *gyps*, más concretamente el gran *gyps fulvus* de la familia de buitres grifones<sup>13</sup>, es el único animal con que es lícito identificar a las aves representadas en el tesoro de Nahal Mishmar y en otros muchos objetos (incluyendo los frescos de Teleilat Gassul), tanto en su forma completa como en la esquemática de su pico y cabeza. Se debe recordar que no hay águilas en Palestina, y los grandes milanos con que pudieran confundirse son visitantes invernales y únicamente de las regiones más septentrionales. Por otra parte, la morfología de pico, cabeza y alas que se representan corresponden al buitre (fig. 3, B) y en modo alguno al milano (fig. 3, A).

En común sólo pueden predicarse de ambos animales algunas características relativas a su carácter: ambos son inútiles desde el punto de vista de la alimentación humana. Ambos son indómitos y salvajes. Ambos carecen de predadores: el íbice podría ser alcanzado por grandes y ágiles felinos, aunque con mucha dificultad, pero vive en lugares en que sólo él puede sobrevivir por la falta de agua. Ni un león del desierto podría seguir a un íbice a sus altos y escarpados escondites sin repostar de líquido elemento. En cuanto al buitre, el mayor de los carroñeros, la hiena, se bate en retirada ante la llegada de unos pocos agresivos ejemplares que le disputen la comida. El buitre, a diferencia de otras aves, no esconde a sus crías bajo las alas: a ninguna otra ave ha de temer. Ambos, el íbice y el buitre, son fuertes, poderosos... y esencialmente libres. Salvo eso, ¿qué pueden representar juntos ambos animales?

---

<sup>11</sup> alto 11 cms., IDAM 61-119

<sup>12</sup> longitud 15,3 cms., IDAM 61-151

<sup>13</sup> Vid. N. Levy y H. Mendelsohn, "Egyptian vultures: feeding behavior", *Israel Land & Nature*, vol. 14, n.3, 126-131, esp. p. 130.



Lo que cualquier zoólogo o simple observador de la naturaleza pudiera explicar, aparece también en un texto sin conexión aparente con la prehistoria viene a proporcionar la clave. Dice un pasaje talmúdico: «Cuando una íbice hembra (*ya 'el*) está a punto de parir, sube a una altura. Yo (el Creador) llamo a un buitre (*neshet*) para que reciba al recién nacido íbice en sus alas, y el buitre está siempre allí a tiempo<sup>14</sup>». No se trata de una parábola. En efecto, la hembra de íbice pare en las más escarpadas rocas, con el fin de preservarse y preservar a su cría del ataque de algún predador (sobre todo grandes felinos como los extintos leones y panteras del desierto) en el único momento de su vida en que es vulnerable, sobre todo por el olor que la placenta expulsada expande como un reclamo mientras se repone del esfuerzo y el nuevo íbice puede saltar, a los pocos minutos de nacer. Es el momento en que también el buitre es atraído por el manjar, mitad carroña y mitad vida, que devora cuidadosamente, eliminando el peligro para la madre y el recién nacido. Éstos no han de temer nada del buitre, porque sus garras no tienen la fuerza necesaria para cargar con presa alguna, y porque prefiere la carroña —que no le falta por lo general— que el alimento vivo.

Cuál sería el sentimiento religioso que inspirarían estas características del íbice y del buitre a los gassulienses, es cuestión que no podrá ser jamás cerrada. Cabe pensar en una admiración hacia las cualidades de estos animales, en una especie de envidia impotente ante su absoluta libertad que el hombre va perdiendo a tenor del avance de la civilización, y en más profundos sentimientos de la muerte y la vida, a partir del buitre que come cadáveres y se eleva en el cielo sobre las cabezas de los hombres, salvo cuando se alía con el íbice para su supervivencia. No serían tampoco los únicos pueblos que sacralizarían animales por motivos equiparables, como es el caso de algunas tribus de indios de Norteamérica y Canadá en relación con el oso y el águila.

Si los propios orígenes de la cultura gassuliense están envueltos en el misterio, su final lo está aún más, y casi cada gran arqueólogo cabeza de escuela tiene una teoría al respecto. Lo cierto es que los gassulienses desaparecen sin dejar rastro apreciable en la historia de la cultura material cananea. Su genialidad no estuvo dirigida a la cultura de la guerra; sus poblados carecen de murallas y sus armas lo son únicamente de caza. Tal vez una presión egipcia por el sur, quizás una migración por el Norte, un cambio climático, epidemias, todo tipo de teorías se han esbozado. No hay niveles de destrucción en sus poblados, simplemente desaparecieron. Y con ellos su mundo religioso y su arte plástico, que guardan el secreto de su veneración al íbice y al buitre.

---

<sup>14</sup> Baba Batra, 16 a-b.

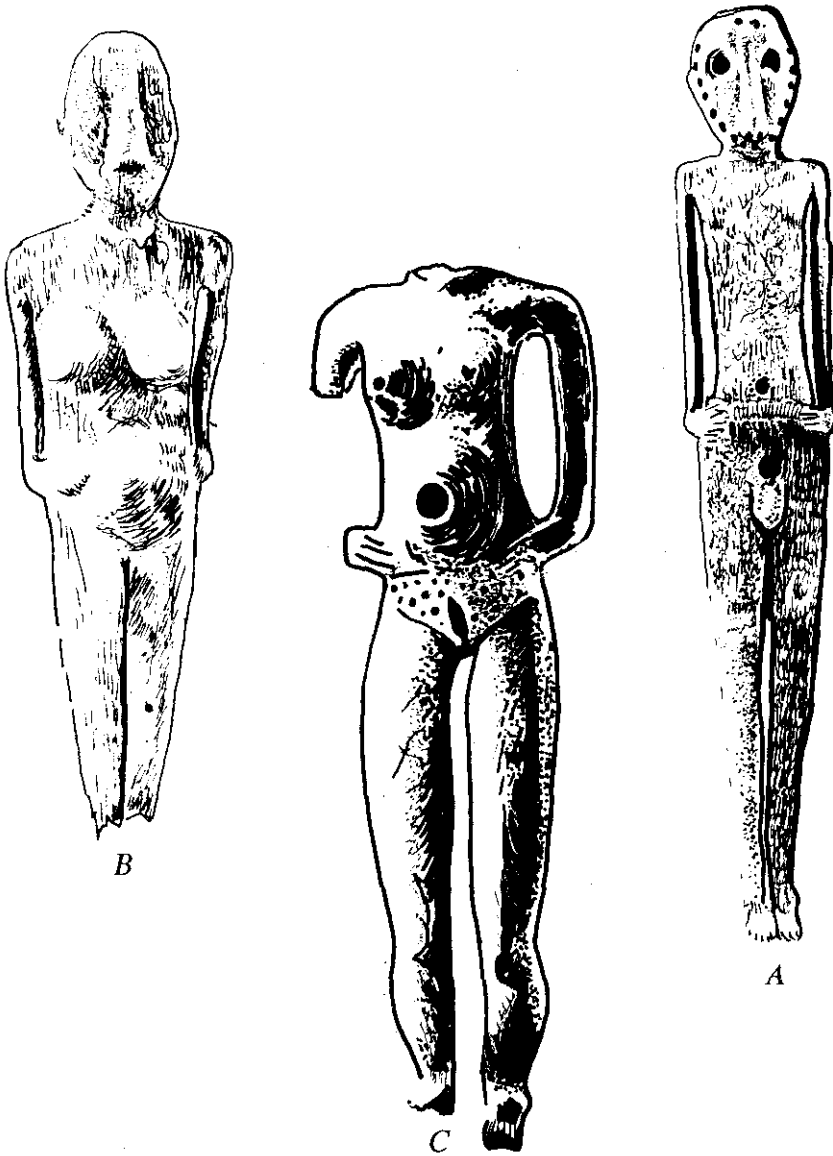
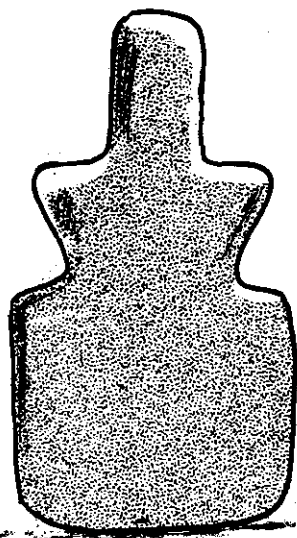


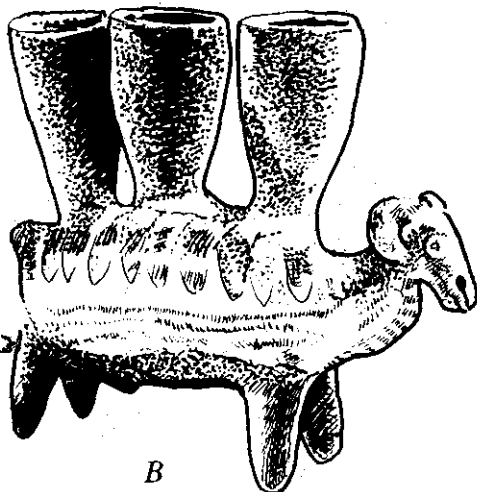
figura 1



C



A



B

*figura 2*

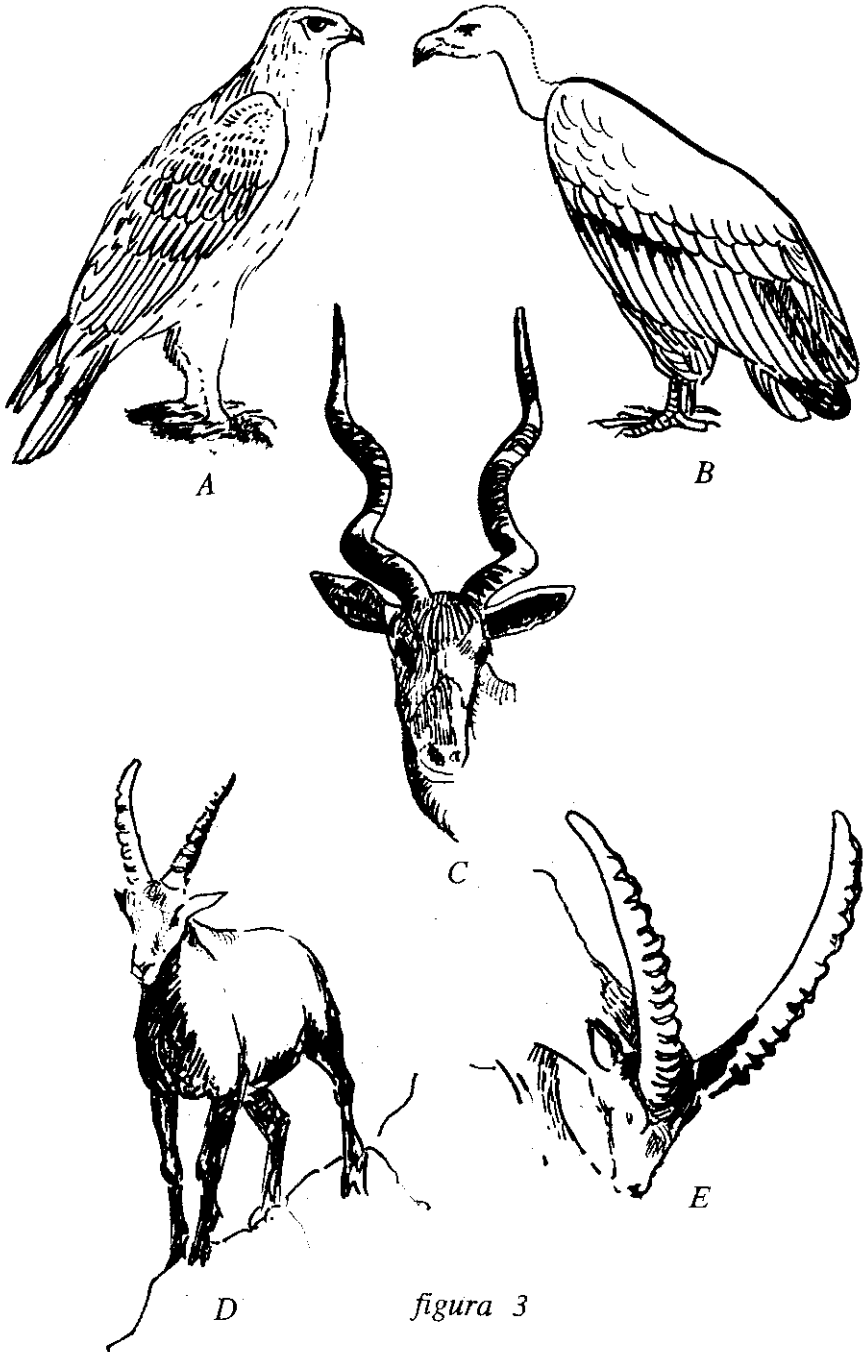
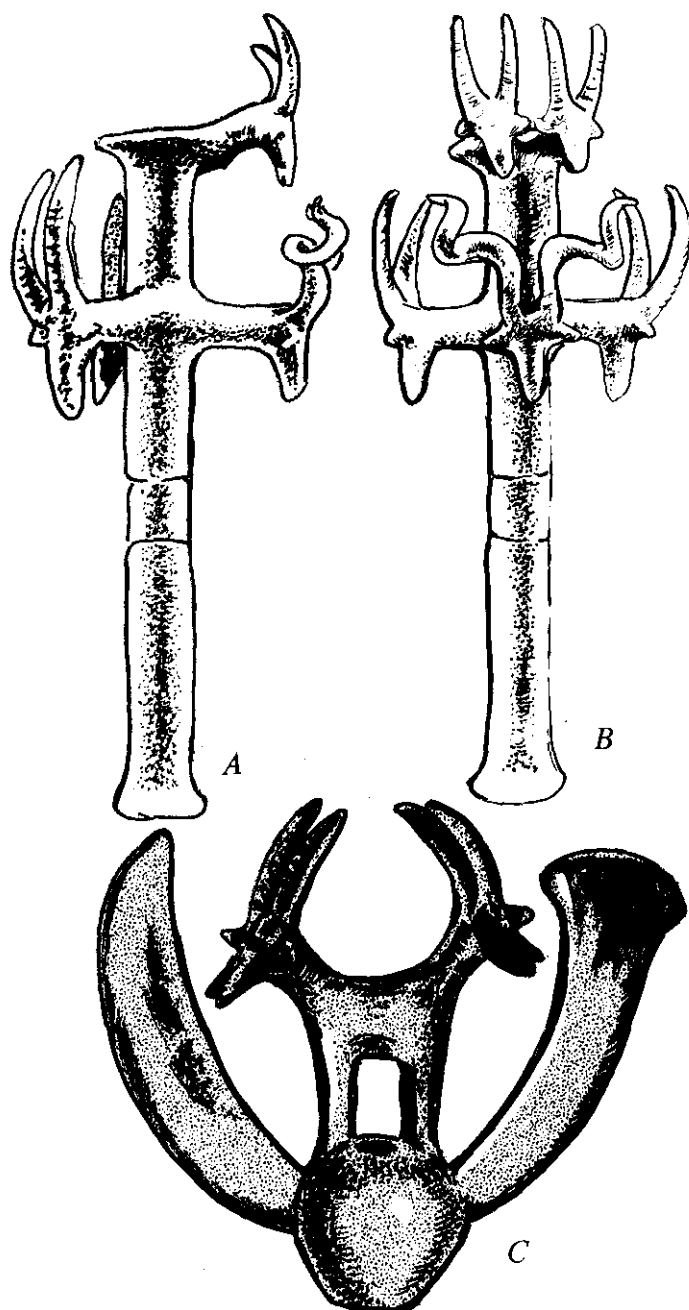
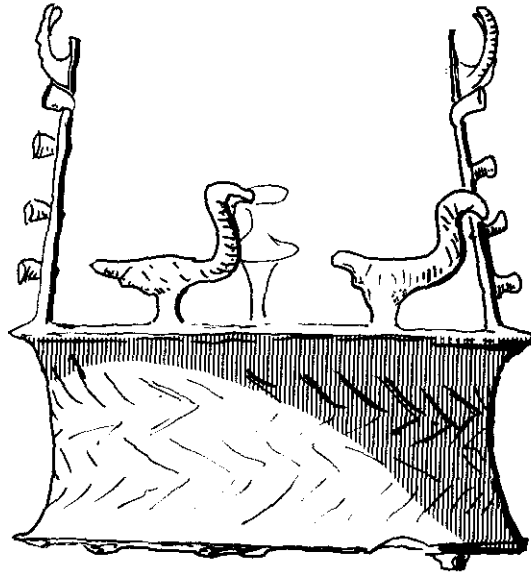


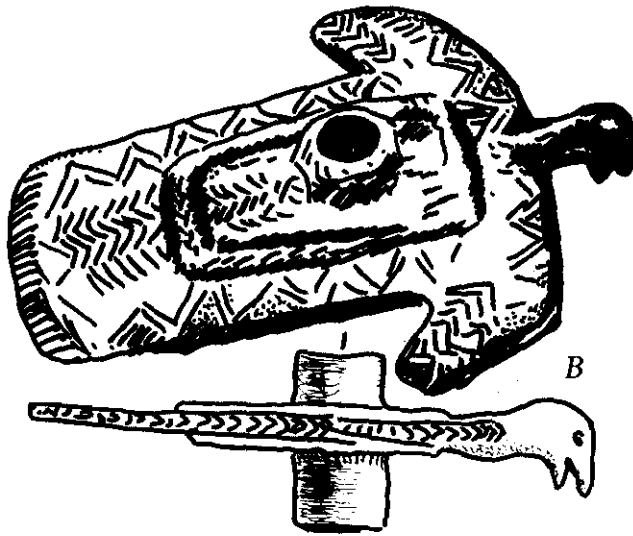
figura 3



*figura 4*



A



B

Figura 5